

FRANCO Y FRANQUICIAS

La sapiencia popular dice que si alguien se pica, “ajos ha comido”. Sin embargo, no siempre el pueblo acierta. Los alemanes se equivocaron al elegir de un modo democrático a quien terminó con la democracia. También aquí en nuestro país yerra el dicho. La derecha española es inequívocamente respetuosa de la libertad y los derechos. Tanto como puedan ser los conservadores británicos y la democracia cristiana teutona. De esto no hay duda. Pero, siendo esto así, como lo es, no se entiende muy bien un cierto cosquilleo nervioso cuando se menta al inefable “ísimo”. El Generalísimo – póngase aquí el adjetivo calificativo más adecuado al gusto- está muerto, remuerto, “muertísimo”. Y, por consiguiente, está ya enterrado bajo una pesada losa de granito. Será juzgado por la historia, ya que no pudo serlo por los hombres. Algunos pocos, muy pocos, nostálgicos de los cuarenta años del franquismo, todavía le llevan ramos de flores para todos los santos. Otros, no llegan a tanto, y ni siquiera lo pretenden, pero hablan de “reabrir las viejas heridas”: paz, concordia, reconciliación. No revolvamos – dicen- el pasado. Según parece, cuatro décadas más tarde del fallecimiento del Castrado, quienes no han comido nunca ajos hacen mohines ante el “sectarismo” de una izquierda que no quiere pasar página. No hay ninguna necesidad. Tanto tiempo transcurrido debería hacerles indiferentes al traslado de unos huesos de quien tantos huesos dejó enterrados en la tierra, sin nombre, sin ramos de flores ni visitas para todos los santos. Y eso, para mayor escarnio, en una tumba pública que pretende - ¡vaya cinismo! - ser un “símbolo de la reconciliación”. He aquí un fleco para poner el punto final al medio siglo más ominoso de nuestra historia reciente. Suele oírse un argumento absurdo - ¿cómo podría decirlo de otra manera?- y es que el gobierno socialista tuvo ya la ocasión de haberlo hecho mucho antes. “¿Por qué no lo hizo entonces?” - dicen quienes conocen sobradamente la respuesta. Si estando comido el dictador por los gusanos se hacen aún tantas alharacas, podemos imaginar el griterío estando aún caliente el cuerpo del Jefe del Estado por la

gracia de Dios y de las bombas.

La guerra civil es un hecho del tiempo pluscuamperfecto; la dictadura lo es del pretérito perfecto. Acabaron ambas, en buena hora. Ciertamente, para la memoria histórica es mucho mejor los rabos de pasa que los decretos leyes. Tal vez, quizás, puede ser, el espíritu y la letra de algunos desenterradores sea cercano a un peronismo que desentierra peronés para revivir la historia, saldar cuentas viejas y golpear las cabezas de la derecha actual. Tal vez, quizás, puede ser, algunos tienen solamente el loable propósito de honrar y dar cristiana sepultura a sus seres queridos cuando, puesto el pie en el estribo, está ya cercana su propia muerte. Oír que algunos solamente se acuerdan de sus padres “cuando reciben subvenciones y ayudas públicas”; o que se hallarán en las fosas “muertos de las Navas de Tolosa”, no es, que digamos, una actitud muy conciliadora. Nadie desea entrechocar fémur contra fémur en una esgrima fratricida. No se trata de buscar enfrentamientos sino de restañar las heridas, del todo. Cualquier víctima inocente – ésta o aquella - merece su lápida y su responso. Entierre cada cual a sus muertos, y aquí paz y allá gloria. Un obispo moderado, bastante alejado del nacional-catolicismo de otros colegas, ve con buenos ojos estas exhumaciones que no van contra nadie, si nadie se siente aludido por ellas. Si buscar a padres y hermanos o bien trasladar los restos del dictador a un mausoleo familiar se considera un acto de “revanchismo”, pues entonces sería preferible este supuesto “reversionismo” aparente a las nuevas franquicias del franquismo vergonzante que se pica sin haber comido nunca ajos.

19 de junio de 2018
Pablo Galindo Arlés